





EL VALS DE LAS  
HADAS  
MALDITAS



EL VALS DE LAS  
HADAS  
MALDITAS

GABRIEL SÁNCHEZ  
GARCÍA-PARDO

Naufra<sup>g</sup>io<sub>g</sub>  
de letras

EDICIONES NAUFRAGIO DE LETRAS S. L.  
www.naufragiodeletras.com  
edicion@naufragiodeletras.com

Edición: Clara Ruiz  
Diseño de interiores: Eduardo Martínez y Clara Ruiz

Primera edición: enero de 2019

© 2018, Gabriel Sánchez García-Pardo  
© de la ilustración de cubierta, Alicia de Andrés, 2018  
© de la partitura, Fernando Martín-Peñasco, 2018

©Ediciones Naufragio de letras, 2019  
Calle Moreno, 3F  
28025 Madrid  
ISBN: 978-84-945974-6-6  
Depósito legal: M-32922-2018  
Impreso por Estugraf Impresores S. L.  
Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Queda prohibido cualquier tipo de reproducción, distribución, incorporación a un sistema informático, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia por grabación u otros métodos sin autorización de los titulares del copyright. Si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*Desde aquella encuadernación en espiral bajo la almohada,  
hasta esta edición preciosa que hoy tienes en las manos,  
este libro fue y sigue siendo para ti, Paula.*



LA NOCHE  
DEL VELO





## Afueras de Eastun



a Calavera Ambulante, ese era el nombre de la caravana aparcada junto al gran muro de piedra. Un nombre que se susurra con el temblor de lo prohibido, pero que sigue viajando de boca en boca por la vía de la curiosidad. Todo ciudadano respetable negará haberla visto con sus propios ojos, y sin embargo, no hay un solo ser en Éterdar que no pueda describirla con detalle bajo la coacción apropiada: estructura de ébano nocturno, rematado con adornos de caoba dorada; cuatro ruedas oxidadas que, al girar, emiten un chirrido que atrae a los murciélagos; dos farolillos de luz azulada, siempre encendidos a ambos lados de la puerta de atrás; ningún animal de carga que tire de ella; ventanucos cubiertos con seda de luna... Y una enorme calavera blanca dibujada en el costado izquierdo.

De la misma forma, nadie admitirá haber tenido trato directo con su dueño, el Acordeonista Muerto, pero todo el mundo conoce el porqué de su poco original nombre.

—Acercaos, escuchad... Porque esta es la historia más triste que os habrán de contar jamás: la historia de Eliss, la más hermosa de las hadas, y de cómo su corazón se rompió en pedazos por amar a un mortal...

El Acordeonista Muerto salió por la puerta de la Calavera Ambulante para anunciar su actuación. No había labios en su boca, solo encías huesudas unidas directamente a los dientes de marfil, y no

quedaba cabello en su cabeza, tan solo un pulido cráneo blanco. No obstante, en las cuencas de los ojos, oscuras y profundas, aún se adivinaban dos luceros azules y sagaces que llenaban su rostro de vida. Su vestimenta de aristócrata, con babero de lino blanco, camisa, botas altas y abrigo de terciopelo azul, y su estatura muy por encima de la media, le conferían una apariencia respetable. Su potente voz de barítono enseguida atrajo a los tímidos espectadores venidos de los recovecos de la muralla y de las tinieblas del bosque.

—Esta historia habla de la Noche del Velo, cuando el Mundo de los Vivos se fundió con el de los Muertos y el Mundo de los Muertos se fundió con el de los Vivos, y empezaron las largas noches y el largo invierno. —Los dedos esqueléticos de la mano izquierda del músico empezaron a bailar sobre la botonera de los bajos. Envolvieron su discurso en cadenciosos compases de tres por cuatro—. Quienes nacieron esa noche ganaron el favor de espíritus, hadas y demonios. Quienes murieron esa noche quedaron atrapados en este mundo para siempre...

Entre el público había leñadores, forajidos del bosque, mercaderes de la ciudad. Había buscadores de fortuna venidos de las Montañas del Norte y también dos o tres no-muertos que cubrían sus rostros cadavéricos con capuchas oscuras, temerosos de las autoridades de Eastun. Había miembros activos de la Rebelión de las Cinco Caras, e incluso un capitán de la guardia de incógnito. Seres de toda clase y condición, unidos por la curiosidad y por el anhelo de romper la monotonía de sus vidas con una experiencia nueva, insólita y prohibida.

Oculta entre los árboles, apartada de la concurrencia, se podía ver una cara blanca e inexpresiva. Una máscara, con los labios pintados de carmín y el dibujo de una lágrima roja que se deslizaba por el pómulo desde el ojo derecho. Los ojos que verdeaban más allá de la máscara no prestaban atención al Acordeonista Muerto. Se movían

del capitán de incógnito a un muchacho de enormes ojos grises que se ocultaba entre los encapuchados, y del muchacho de enormes ojos grises al capitán de incógnito. Así una y otra vez.

—Esa noche se oyó una canción en el Bosque de las Hadas, una canción de la que se dice que, quien la toque, o cante, o simplemente tararee, morirá en el acto... —El músico itinerante hizo una pausa dramática, arqueó las líneas imaginarias de sus cejas sin vello y se señaló a sí mismo con el pulgar huesudo—. Por fortuna, yo ya estoy muerto, así que soy inmune a su efecto letal. Y aquellos que aún estéis vivos, no temáis... Oírla no os hará ningún daño. Pero debéis prometerme que la olvidaréis. Jamás la silbéis, jamás la tarareéis, porque este es el Vals... de las Hadas Malditas.

La mano derecha del Acordeonista Muerto empezó entonces a acariciar el teclado principal, mientras la izquierda seguía marcando el compás en la botonera de los bajos y abría y cerraba el fuelle con estudiada ternura. Una melodía triste y desgarrada manó del instrumento y flotó sobre las cabezas de los presentes en aquel claro entre los límites del bosque y de la ciudad. El intérprete cerró los ojos y se dejó llevar por el hechizo de esas notas que conocía de memoria.

Entre los rostros iluminados por la tenue luz azul de los farolillos, destacaba el del muchacho encapuchado, con sus enormes ojos grises fijos en la nada como si pudiesen percibir el dibujo de las líneas musicales. El público guardó un silencio solemne durante la ejecución de la pieza. No hubo ni un carraspeo, ni una exhalación del aire contenido en los pechos estremecidos. Solo el muchacho abandonó su localización privilegiada y se alejó de la concurrencia antes de la coda final. Algunos le dedicaron miradas de desaprobación, pero enseguida volvieron a sumirse en el deleite de la música para amortizar la moneda que, de buena gana, echarían en el sombrero del Acordeonista Muerto al terminar su función. Este siguió tocando,

ajeno a cuanto le rodeaba, concentrado en darle el carácter apropiado al melancólico vals.

El joven de los ojos grises respondía a varios nombres. Sus compañeros de la Rebelión de las Cinco Caras lo llamaban Celo por el gesto diligente e inexpresivo de la máscara que le habían asignado para llevar a cabo sus misiones secretas.

En el Archivo Nominoso de la Ciudad de Eastun figuraba como Raik Darnoir.

Raik caminó junto a la gran muralla de piedra hasta que la luz de los farolillos y el eco del acordeón se difuminaron en las sombras. El golpeteo amortiguado de sus pasos era una tormenta frente a la quietud del bosque y el silencio de la ciudad durmiente. Por un momento creyó ver de soslayo dos ojos rojos y brillantes observándolo desde las tinieblas. Pero cuando se giró de súbito con la daga desenvainada, las dos linternas de fuego infernal se habían desvanecido sin dejar rastro.

—Estás muy asustadizo esta noche, Celo. —Una voz femenina y muy familiar para él resonó a sus espaldas y volvió a sobresaltarlo—. Guarda esa daga. Y haz el favor de ponerte tu máscara.

Cuando Raik se dio la vuelta se encontró con la máscara blanca que había asistido a la actuación del Acordeonista Muerto, la de la lágrima roja y los labios con carmín. Los ojos verdes de su propietaria observaban con impaciencia desde el otro lado de la tétrica careta de marfil.

A modo de respuesta, Raik buscó en los gruesos bolsillos de asesino de su túnica, extrajo una máscara también blanca y se cubrió el rostro con ella. Su frente era una superficie pulida sin expresión y sus labios dos líneas rectas y paralelas, indolentes.

—No esperaba verte junto a la Calavera Ambulante —dijo la enmascarada de la lágrima roja—. ¿Qué haces aquí, Celo?

—Ya te he dicho que tú no tienes por qué llamarme así.

Los dos iban encapuchados y vestían de negro. Los dos eran caras blancas que flotaban en la oscuridad.

—Te llamaré así mientras estemos de servicio. Estaba vigilando al capitán de la guardia cuando te he visto entre el público...

De repente Raik se dobló sobre sí mismo e interrumpió a su compañera con un gemido de dolor. Su cuerpo chocó contra la muralla de la ciudad, cayó al suelo y empezó a convulsionar.

—¡Celo! Raik, ¿qué te pasa? —Las extremidades del chico se retorcieron en violentas sacudidas. Su garganta articuló una serie de balbuceos entrecortados y confusos. La chica enmascarada se echó sobre él, en su ayuda—. Raik, por favor, ¡contéstame!

Raik estiró el brazo hacia ella, con la palma de la mano abierta. Las convulsiones habían cesado. Se levantó con dificultad, apoyó las manos en el muro y se dobló para coger aire, tanto que podía apoyar la coronilla en la piedra.

—¿Estás bien?

La chica posó la mano sobre la espalda de su compañero enmascarado, pero este se apartó de inmediato. Raik estiró el brazo izquierdo e introdujo su mano enguantada en una grieta de la muralla. Acto seguido, hizo lo mismo con el brazo derecho y comenzó a trepar.

—¿Qué estás haciendo?

Sin dirigirle la mirada, sin ni siquiera articular una palabra, el muchacho de ojos grises, conocido como Raik y como Celo, ascendió y ascendió por el muro de piedra con una agilidad portentosa.

—Raik, ¿a dónde vas? ¡Raik!

La voz de la enmascarada de la lágrima roja se perdió abajo, en la penumbra. Él siguió escalando y llegó a la cima de la muralla, donde permaneció agazapado durante un rato, como una bestia a la espera de su presa, mientras el viento agitaba su capa negra. Ante él se extendían los tejados cenicientos de la ciudad de Eastun, un paisaje irregular

en el que las chimeneas delgadas de los barrios bajos, las almenas de los edificios oficiales y las estatuas de las mansiones configuraban un vasto laberinto de sombras y desniveles. Arriba, en el cielo oscuro, no había testigos luminosos. Tan solo la discreta luna menguante.

Era la noche perfecta para un asesinato.

Raik Darnoir saltó desde la muralla hasta uno de los tejados a dos aguas. Corrió de puntillas por la arista que formaban las dos placas de tejas diagonales y volvió a saltar al vacío, desplegando los extremos de su capa igual que las alas de un demonio negro. Aterrizó junto al campanario del Templo de Gardox y prosiguió su avance aéreo. Si los soldados hubiesen visto su silueta al contraluz de la sonrisa nocturna, habrían dado la alarma al pensar que las gárgolas del templo habían vuelto a cobrar vida.

Esta gárgola en cuestión se dirigía a los suburbios del Distrito Este, al otro extremo de la ciudad.

Tyrone Alada, el Herrero, trabajaba en el yunque a altas horas de la madrugada. Cientos de chispas saltaban con cada arremetida contra la hoja incandescente. Las pequeñas brasas quedaban atrapadas en la maraña que tenía por barba. Tantas veces se había incendiado aquella selva áspera e incolora que ya se había vuelto ignífuga.

Alada se había acostumbrado a no dormir. Sus vecinos se habían acostumbrado al rugido del martillo. Es más: los golpetazos metálicos les permitían ignorar ese otro rugido que provenía de sus estómagos hambrientos y les ayudaban a conciliar el sueño. Por eso, no es de extrañar que Semon, el hombrecillo desdentado que malvivía al otro lado de la pared, se despertara en cuanto el Herrero interrumpió su labor.

Lo primero que oyó Semon tras ese molesto silencio fue un grito ahogado. Después, las señales inequívocas de una pelea: pasos

pesados y distantes en el tiempo, frenético chocar de aceros y un rebote metálico contra el suelo. Semon se levantó del montón de paja sucia sobre el que dormía y salió por la puerta a toda prisa. El bloque de piedra que era su hogar albergaba otras ochenta viviendas repartidas en unos diez pisos. El Herrero, los Treena y él eran los únicos que se atrevían a vivir en el más alto, que era también el más frío, y sus habitaciones estaban conectadas por una balconada de madera podrida. Semon se encontró con el mayor de los Treena en el centro de la ruinoso galería, intercambiaron una mirada de espanto. Y abrieron juntos la puerta del Herrero.

El fuego de la fragua estaba encendido. El fuelle subía y bajaba por sí solo mediante el mecanismo que el propio Semon ayudó a fabricar. Los soplidos rítmicos que llenaban la estancia sonaban como el letargo de un demonio y determinaban el vaivén de la luz ocre. La ventana de dos hojas estaba abierta de par en par y por su umbral penetraban el frío del largo invierno y la atmósfera azulada de la noche. En el suelo de piedra, junto al martillo y las brasas dispersas, yacía Tyrone Alada, tendido boca arriba con las extremidades extendidas. Tenía una daga clavada en el corazón.

El pequeño Semon y el corpulento Treena se arrodillaron junto a él y descubrieron que aún agonizaba. Su respiración decadente se había sincronizado con el movimiento del fuelle. Este se fue haciendo más lento y más débil... Hasta que el fuego de la fragua se extinguió por completo y dejó la estancia envuelta en tinieblas.

Entonces, el cuerpo inerte del Herrero empezó a emitir un tenue resplandor plateado. Semon y Treena presenciaron la maravilla que intentarían reconstruir con palabras, una y otra vez, durante el resto de sus vidas: una esfera de luz blanca brotó del pecho del muerto y flotó ante ellos como un fuego fatuo. Fue apenas un segundo de magia que colmó los corazones de los dos hombres de dicha y esperanza. Cuando el extasiado Semon se dispuso a tocar la

esfera con la punta de los dedos, esta salió disparada por la ventana y surcó el cielo nocturno. Los dos testigos del fenómeno, sumidos de nuevo en su fría realidad, corrieron hacia la ventana y se despidieron en silencio de la estela luminiscente, que voló rumbo oeste.

Avanzó a toda velocidad por encima de los tejados de la ciudad de Eastun y dejó atrás las murallas y el destello azulado de los farolillos de la Calavera Ambulante, donde un solitario Acordeonista Muerto hacía recuento de las monedas que había conseguido. Cortó el viento sobre las copas de los árboles del Bosque de las Hadas y pasó junto a un pequeño monstruo nocturno de orejas puntiagudas y piel negruzca, que contemplaba la luna menguante mientras se mecía en lo alto de una rama. Como una estrella fugaz, ganó velocidad y dejó atrás la espesura para volar por un espacio más abierto, desde donde se podían ver al mismo tiempo las Montañas del Norte y el inmenso Desierto del Westeun. Abajo, kilómetros y kilómetros de columnas de piedra sujetaban la vía férrea más larga jamás construida y abrían un camino entre los desfiladeros y las formas rocosas. La esfera de luz blanca adelantó al mismísimo Expreso de Selune y siguió el trayecto de la vía hasta la Torre del Westeun. Sobrevoló los muros que cercaban su destino y ganó altura para alcanzar la ventana más alta, la única que estaba abierta. La única en la que había una luz encendida.

Los primeros rayos del amanecer acariciaban el cielo cuando la esfera brillante desapareció en el interior de la torre.

LAS DOS  
JOYAS  
DEL  
WESTERN





## Torre del Westeun



Sauce Velo caminaba por *la lengua*, la estrecha pasarela que comunicaba las dependencias de los Hijos del Velo con el recinto exterior, cuando la esfera brillante pasó volando sobre su cabeza y se adentró en lo alto de la torre. Enfrascado en sus pensamientos y entumecido por el sueño y la helada matinal, el joven no se percató del extraño fenómeno y siguió avanzando con pasos cortos pero rápidos, encogido bajo la túnica. La nieve crujía bajo sus botas peludas y el frío intenso hacía que ese sonido le hiciera daño en los oídos. La funda de su espada se había congelado en cuestión de minutos. Sauce pensaba en lo difícil que resultaría desenvainar en caso de necesidad.

Delante de él, al otro lado de la pasarela, había una farola encendida y, debajo, las siluetas de dos caballos y dos personas.

—¿Jill? —exclamó el muchacho. Una nube de vaho emergió de entre sus labios temblorosos—. ¿Qué haces aquí? Se supone que no debemos vernos.

—Pues parece que hoy sí quieren que nos veamos —replicó una socarrona voz femenina.

El cabello pelirrojo de Jillian Velo, corto y despeinado en todas direcciones, parecía un pequeño incendio en mitad de la atmósfera pálida del amanecer. Y sus ojos castaños, por momentos casi tan rojos como el pelo, también destacaban como una chispa de calor entre tanto invierno. Toda ella, a pesar de su escasa estatura y su constitución

delgada, parecía estar hecha a prueba de frío. Apoyada de brazos cruzados sobre la farola gélida, esperaba a Sauce sin inmutarse, mientras su acompañante, un soldado escondido bajo un grueso abrigo de piel de oso, daba saltitos de urgencia agarrado a las riendas de los caballos.

—Os esperan en Valleblanco. La prueba es para los dos. Preguntad a Nili —recitó el soldado, tosco. Y le entregó las riendas a Sauce para acto seguido marcharse por la pasarela a paso ligero.

—Qué dicharachero, este Ulrich. —Jillian se quedó mirando la mole de pelaje de oso que se alejaba de ellos, y sonrió. Era una sonrisa traviesa, encantadora, de esas que dibujan dos hoyuelos en las mejillas—. Claro que yo también estaría de mal humor si me obligaran a levantarme a estas horas.

—¿Y acaso no es lo que han hecho? —Sauce le devolvió la sonrisa junto con una de las riendas. Ahora que sabía que estaría con ella, su apatía inicial se había ido de vuelta a la torre con el soldado.

—No, porque llevo toda la noche despierta.

Los dos Hijos del Velo caminaron sin prisa mientras el cielo se teñía de luz rosada, y, cuando salieron del recinto exterior, subieron a sus monturas.

—¿Y qué has estado haciendo toda la noche?

—Pensar en lo mal que me sentaría levantarme a estas horas.

La risa de Sauce resonó en el vacío hueco de la madrugada. El viento glacial del Westeun tenía fama de atrapar todos los sonidos, pero la risa... La risa siempre se le escapaba.

La Cara Este de la Torre del Westeun comenzó a reflejar los primeros destellos del día, y su colosal superficie dorada y negra cobró vida. Las hileras de ventanas empezaron a abrirse desde los cimientos, donde estaban las dependencias de los Hijos del Velo y el cuartel de los soldados de la Shekna Roja, hasta la cúspide, que se dividía en media docena de torres más pequeñas: las dependencias de los Maestros y del director Cyrios.

Cuando Sauce y Jillian llegaron a la cima de la Colina Blanca, el sol ya se había abierto camino entre las montañas nevadas, y bañaba con su luz el Pabellón de Entrenamiento, en el recinto exterior, e incluso la Torre Anexa, una segunda torre más baja y más antigua, esculpida en la propia montaña, apartada de todo lo demás, y abandonada de no ser por el Maestro Nazhos, que la utilizaba como laboratorio privado.

La mañana y su ajetreo pronto se instaurarían por completo en el Valle de la Torre, el rincón más apartado y occidental de todo Éterdar. Pero Sauce y Jillian no podían quedarse a formar parte de ese despertar; tenían que cabalgar hasta Valleblanco, el rincón aún más apartado y occidental de todo Éterdar, la última morada, el único asentamiento que había antes de llegar al Camino del Éter, la salida oeste de Éterdar. Una frontera cerrada desde la Noche del Velo.

—¿Qué tal la batería de preguntas de Cyrios? —inquirió Jillian, mientras acariciaba las crines blancas de su montura con las yemas de los dedos.

—¿No nos dijeron que no podíamos hablar de las pruebas entre nosotros? —objetó el chico, reconfortado por la salida del sol.

—Y no podemos. Pero ahora mismo no hay nadie vigilándonos, y tú te mueres de ganas por hacerlo.

Los dos jinetes enfundados en sus túnicas azules avanzaron por las dunas de nieve al paso, tranquilos, en busca del arroyo congelado que los conduciría a la aldea. Un céciro pió y revoloteó sobre sus cabezas, y Sauce reflexionó un instante sobre la naturaleza mística del ave, antes de contestar:

—Las preguntas fueron un desastre, Jill. Me puse muy nervioso... Yo no valgo para ser Desvelador; siempre lo he pensado, y estas pruebas no han hecho más que confirmármelo.

—No es lo mismo “no valer” que “no querer” —repuso Jillian, con sus ojos de fuego fijos en el paisaje blanco. Casi podía derretir

la nieve con la mirada—. Vamos, Sauce. Eres el Hijo del Velo con más poder que van a encontrar.

—¿Qué importa, si mi poder no sirve para lo que ellos quieren? No todos valemos para seguir el camino que nos marcan desde fuera.

—¿Y qué camino seguirías tú?

Sauce se inclinó sobre su caballo, echó la vista atrás, y se quedó mirando el rastro de huellas con forma de herradura, pensativo.

—Llevo semanas dándole vueltas, y creo que ya lo he decidido—contestó tras varios compases de cadencioso crujir de la nieve—: quiero peregrinar en el Desierto del Westeun. Quiero seguir el camino de los Monjes de Nasek. Quiero ser libre.

—¿Y por qué no te plantas? ¿Por qué no les dices “lo siento, pero no quiero lo que me ofrecéis, me marcho a hacer mi vida”?

—Sabes perfectamente que no me dejarían.

Se hizo el silencio, un silencio tan frío que hizo temblar incluso a Jillian. Los Hijos del Velo habían disfrutado durante toda su vida de una serie de lujos inalcanzables para la mayoría de habitantes de Éterdar. Pero, a pesar de las comidas calientes y variadas, de las camas mullidas y de su educación privilegiada, jamás dejaron de sentirse como prisioneros en una celda de oro.

—¿Y no has pensado que la mejor forma de ser libre es precisamente convertirte en Desvelador? —preguntó Jillian, en un tono que volvía a ser optimista y persuasivo—. Imagínate: vagar por todas partes a tu antojo; resolver los problemas de la gente y las injusticias sin más ayuda que tu propio ingenio...

—Yo no tengo tu ingenio —dijo Sauce, con una sonrisa sincera.

—Claro que sí. Solo que lo tienes ahí escondido, oxidado en algún rincón de esa cabezota de místico.

—¿Y qué me dices del *Momento Fatum*? Ese es un don solo tuyo.

—No te voy a negar que supone una gran ventaja...

—Venga, Jill. Sería mezquino por mi parte pensar siquiera en

arrebatarte lo que sin duda te mereces. —Sauce hizo una pausa para enfatizar su siguiente afirmación—: Serás la primera Desveladora del Westeun.

—Sí, ¡eso díselo al director Cyrios! —objetó Jillian, risueña.

—¿Por qué? ¿Acaso no aprecia tu talento?

—Claro que lo aprecia. Pero los dos sabemos de sobra quién es su favorita.

—Bueno, tú eres la favorita del profesor Nazhos... —Sauce calló al instante; sabía que había metido la pata hasta el fondo. La severa mirada de fuego que le lanzó Jillian lo hizo revolverse bajo su túnica—. Me refiero, a que él también tiene voto en la elección final...

—Ya, pero si no se ponen de acuerdo, es evidente quién tendrá la última palabra.

Sauce respiró aliviado: su amiga le había contestado con una voz sosegada y contenida, y sus ojos habían vuelto a su tonalidad habitual. Podía sentirse afortunado... «De no haber sido yo —pensó—, ahora mismo no seguiría sobre mi montura.»

Los dos caballos avanzaron por la orilla del río helado sin que sus jinetes pusieran demasiada atención en dirigirlos. Aquel era el único camino que habían recorrido a lo largo de sus tediosas vidas en cautividad.

—¿Crees que Falone está detrás de esta prueba? —preguntó Sauce, cuando consideró oportuno retomar la conversación.

—No es que lo crea, es que estoy convencida de ello.

—Tú... Tú preparaste la suya, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo fue?

Jillian meditó un momento antes de responder, y se rascó la nariz respingona con los dedos índice y pulgar de su mano izquierda, señal inequívoca de que su mente había empezado a trabajar a toda velocidad.

—Mi idea era brillante —dijo—. Le preparé un *Escenario a desvelar*; un envenenamiento, para ser exactos. Utilicé la sala privada del maestro Nazhos, y conté con las actuaciones estelares de Liney y de Bash. Dejé a Liney sentado en un sofá junto a la chimenea, como si fuera el cadáver. Estrellé un vaso de licor en el suelo y dejé en la mesita la botella, una cubitera y un vaso vacío. La historia que planteé fue esta: Liney y Bash llegaron agotados la noche anterior, después de un largo día de pruebas, y decidieron darse un respiro con una botella del mejor licor. Yo, como su rival en las pruebas, interpreté a la villana que quiso eliminar a la competencia con la ayuda de un potente veneno... La cuestión es que los dos bebieron la misma cantidad de licor de la misma botella, y, sin embargo, Liney murió y Bash no.

—¡Vaya! —exclamó Sauce, perplejo—. Lo único que se me ocurre es que la toxina estuviera incrustada de alguna manera en el cristal del vaso de Liney, y que el vaso de Bash estuviera limpio de veneno.

—No me has prestado atención: la villana de este caso quería eliminar a la competencia... A toda la competencia. ¿Por qué iba a matar a uno y a perdonarle la vida al otro?

El muchacho se pasó la mano por la cara, concentrado. Le resultaba muy frustrante no dar con la solución, pero, al mismo tiempo, tener la mente ocupada le ayudaba a olvidarse de la atmósfera gélida que adornaba su travesía por la tundra.

—Piénsalo bien: este *Escenario a desvelar* no puede ser otra cosa que un error de cálculo del asesino, que no ha conseguido completar con éxito su misión —siguió explicando Jillian—. Los datos secretos que proporcioné a los chicos, y que Falone podía averiguar haciendo preguntas al superviviente, fueron los siguientes: Bash llegó con mucha sed y apuró su copa en apenas un par de tragos. El difunto Liney, en cambio, como el caballero refinado que es, prefirió disfrutar del licor y se tomó su tiempo para ingerirlo.

Sauce parecía aún más perdido con los nuevos datos. Cuando se dio por vencido con un leve movimiento de cabeza, Jillian soltó un largo suspiro blanco y sonrió con amargura al recordar el éxito de su única y verdadera rival.

—El veneno estaba en el hielo —confesó al fin—. Bash se bebió tan rápido su licor que los cubitos de su copa no tuvieron tiempo de derretirse y añadir su dosis letal al alcohol. En cuanto al pobre Liney, su parsimonia supuso su perdición.

—Increíble...

—No tanto, en realidad. Tardé dos días con sus noches en concebir una prueba que estuviera a la altura de Falone. Ella la resolvió en diez segundos sin hacerle una sola pregunta a Bash.

Sauce tragó saliva y Jillian dio por concluida la conversación al espolear a su corcel para que acelerara el paso.

El muchacho la apreciaba, la apreciaba de verdad, creía en sus posibilidades y haría cuanto estuviera en su mano por ayudarla a alcanzar su meta. Y, sí, era cierto que se enfrentaban a una adversaria formidable... Pero, como tantas otras veces a lo largo de su vida en común en el Westeun, Sauce sonrió, espoleó a su caballo y siguió la estela ardiente de su querida Jillian, con la misma fe ciega y visceral con que el viajero perdido va tras el fuego fatuo en las tinieblas de la noche.

Los dos jinetes subieron al trote por una colina glaseada a rodadas como un bizcocho norteño, y siguieron con la mirada el descenso del arroyo hasta dar con los tejados nevados de Valleblanco, cuya silueta y disposición podían dibujar con los ojos cerrados. La aldea no cambiaba de una visita a otra; era un santuario anclado en el tiempo que no conocía más acción humana que la de sus treinta habitantes y sus ilustres vecinos de la Torre. Erigidas en la linde del Bosque Etéreo como rústicos aserraderos, sus casas con forma de "L", fachadas de madera y tejados en limahoya repletos de buhardillas, habían trascendido la estética de lo meramente práctico y

formaban un conjunto de lo más coqueto. Todas habían sido construidas en torno a la gran fuente en la que moría el arroyo, el eje de la vida en aquel lugar inhóspito. A pesar del abrigo de las colinas y de los altos ceboches de hoja perenne, el agua siempre estaba helada y los aldeanos se veían obligados a picarla y a calentarla en casa. Era el eterno problema de Éterdar desde la Noche del Velo: el sol duraba tan poco en el cielo que no tenía tiempo de descongelar nada.

Jillian y Sauce jamás conocerían la agradable caricia de la brisa veraniega, ni el resplandor de la hierba bajo la luz de la tarde. Pero al menos tenían el humo negro de las chimeneas de ladrillo de Valleblanco, un indicio de civilización y calor hogareño en medio de la hostilidad de la naturaleza.

La casa más grande se alzaba al pie de la colina, y junto a la puerta había una mujer corpulenta, vestida con delantal y camisa de cuadros rojos y verdes. Era Nili, la posadera, que hizo grandes aspavientos cuando los vio llegar.

—¡Oh, gracias a Gardox que estáis aquí! ¡Ya pensaba que no vendría nadie!

Los Hijos del Velo se miraron de reojo. Sauce no daba crédito ante la sobreactuación de la posadera. Jillian se limitó a sonreír con disimulo, y le siguió la corriente:

—¿Qué ha pasado, Nili? ¿Por qué estás tan alterada?

—¡Me han robado! ¡Me han robado! —Las mejillas redondas de la mujer estaban encendidas, los ojos, casi fuera de sus órbitas—. ¡Mi amuleto de plata! ¿Cómo pagaré ahora los suministros para el invierno?

—Cálmate, estamos aquí para ayudarte... —dijo Jillian, tranquilizadora—. Vamos... Cuéntame qué ha sucedido.

Sauce seguía boquiabierto sobre su caballo.

—Esta noche... Volví de visitar a Malene, cuando oí un ruido de cristales rotos dentro de casa... Y aquí mismo, junto a la puerta,

había un caballo negro que no había visto en mi vida —explicó Nili, tras coger aire para calmar su sofoco—. No me atreví a entrar, y estaba demasiado asustada para pedir ayuda... Me escondí ahí, detrás de la valla, y esperé a que el ladrón saliera.

—¿Pudiste verle la cara?

—No. Llevaba una malla oscura que le cubría toda la cabeza. Me descubrió asomada a la valla, así que montó a toda prisa en su caballo y se marchó. —La posadera hizo una pausa para recordar—. Me llamó la atención el tamaño de su mochila... Parecía llena de cosas, pero de mi casa solo se llevó mi amuleto. Supongo que cargaba con el botín de otros robos.

—¿Hacia dónde se marchó? —inquirió Sauce, en un esfuerzo por formar parte de la simulación.

—Hacia el bosque. Es todo lo que puedo deciros, amigos.

—Descuida, Nili —exclamó Jillian, muy metida en su papel—. Encontraremos el amuleto y te lo traeremos de vuelta. ¡Arre!

—¡Que Gardox os bendiga, querida! ¡Buena suerte!

Jillian cabalgó hacia el Bosque Etéreo y su compañero no tardó en darle alcance.

—¿Estás segura de que todo eso era necesario? —le preguntó, con el máximo nivel de sarcasmo que toleraba su espíritu bondadoso.

—Es que la he visto tan entregada que me he dejado llevar.

Se detuvieron en el límite del bosque y aguardaron un momento antes de adentrarse en la espesura nevada.

—Solo espero que con la emoción de la pantomima no nos haya dado ningún dato erróneo.

—Tranquilo; Nili es una mujer de lo más competente.

La infatigable pelirroja desmontó con la ligereza de un hada y empezó a caminar en círculos entre los troncos negros de los ceboches.

—Bueno, ya sabemos cuál es nuestro *Escenario a desvelar*: la caza del ladrón —dijo Sauce, distraído, mientras palmeaba el cuello de su

caballo—. Sabía que Falone intentaría ponerte una prueba lo más física posible... ¿Qué estás haciendo?

—La nieve. La capa es muy gruesa. Ha estado nevando hasta el amanecer, por eso no vemos huellas de su caballo.

—Tal vez las haya borrado ella misma.

—Tal vez. En cualquier caso, el Bosque Etéreo no es muy grande; la encontraremos. Ella sabe que la encontraremos... ¡Tienes toda la razón!

—¿En qué?

Jillian Velo desenvainó su espada y sonrió.

—La prueba será eminentemente física.

Los dos aspirantes a Desveladores recordaron las lecciones del maestro Kenos y decidieron seguir a pie, agarrados a las riendas de sus corceles. «Si esperas una emboscada en un lugar con árboles altos —les dijo varias veces el viejo maestro de *Estrategias de Combate*—, es preferible bajar voluntariamente del caballo a que te tiren de él.»

El aliento glacial del bosque se cruzó con ellos en mitad del estrecho sendero y les trajo las voces graves y sonoras de un grupo reducido de hombres. La feroz canción venía acompañada de un golpeteo lento y pesado que marcaba un compás de dos por cuatro. Un solista de voz rasgada improvisaba una frase sobre el ritmo, y todos los demás respondían con el estribillo “Al talar”:

*Yo soy el brazo del invierno*

*Al talar*

*Yo llevo el fuego del infierno*

*Al talar*

*No busco tierras ni dinero*

*Al talar*

*Tan solo leña para el fuego*

*Al talar*

Jillian y Sauce rodearon el promontorio que atravesaba el corazón del bosque, y al otro lado se encontraron con los legendarios leñadores de Valleblanco, ocho hombres grandes y musculosos que sumaban en total unos dieciséis metros de altura. Como auténticos descendientes de los primeros westunes, llevaban tatuados en sus torsos desnudos y empapados en sudor los símbolos de sus antepasados, que parecían cambiar de forma con cada impetuoso hachazo. Cuatro de ellos rodeaban un árbol, y los otros cuatro otro. Cuando la mitad del grupo incrustaba su hacha en la madera negra, la otra mitad la retiraba para coger impulso. Cuando estos volvían al ataque, los otros la retiraban. Dos simples movimientos que realizaban en la más perfecta sincronización, al ritmo de su cántico.

Verlos allí, semidesnudos sobre la nieve, elevando sus potentes voces hacia el cielo, intimidaría incluso al soldado más aguerrido de la Shekna Roja. Cuando se percataron de la presencia de los dos Hijos del Velo, los ocho se detuvieron al unísono y los miraron con una indiferencia casi animal. Acto seguido, y sin mediar palabra, retomaron su trabajo, y con él su canción:

*No busco plata, cinc ni britio*

*Al talar*

*Jamás me muevo de mi sitio*

*Al talar*

*No siento el frío ni el cansancio*

*Al talar*

*Tan solo el ritmo de mis brazos*

*Al talar*

*Que se destripen con espadas,*

*yo me quedo con mi hacha.*

*Que se lleven sus espadas,*

*yo me quedo con mi hacha.*

Jillian y Sauce ni siquiera se plantearon preguntarles por el ladrón del amuleto de Nili. Sabían que esos hombres, esos supervivientes, veían a sus vecinos de la Torre como un atajo de críos mimados que dedicaban su tiempo a jugar a los detectives en el bosque, de modo que saludaron con un tímido «Buenos días» que no obtuvo respuesta, y siguieron su camino entre los árboles.

Cuando dejaron muy atrás la canción y los hachazos, los dos amigos se asomaron a un claro en el que había otra colina de rocas y escarcha. Aunque era la hora más luminosa de un día eterdiano y habían salido a terreno más abierto, el filtro de la mañana parecía empañado. Un velo blanco cubría el cielo. Pronto nevaría.

Sauce señaló hacia delante con su único dedo índice, y Jillian asintió, muy seria. Un rastro de huellas con forma de herradura atravesaba el claro y moría en las fauces de la cueva que se abría en el centro de la colina.

—Le ha faltado poner un cartel con letras brillantes —susurró Sauce—. Esas huellas son recientes.

—Y eso me desconcierta... —Jillian cerró los ojos y se rascó la nariz—. Está bien. Si va a limitarse a tenderme una emboscada, adelante. Que gane la mejor.

Jillian ató el caballo a un árbol y se adentró en la cueva con decisión, espada en mano. Sauce la imitó y, al zambullirse en las tinieblas del túnel rocoso, sintió la tentación de invocar una chispa de luz, como hacía para leer por las noches. No obstante, pensó que a Jillian no le gustaría, así que separó los dedos que estaba a punto de chasquear y siguió caminando.

Un goteo constante, procedente de las estalactitas de hielo que colgaban del techo, resonaba en las profundidades de la caverna. El foco de luz que penetraba por la abertura permitía ver lo amplia que era la galería y cómo las rocas iban oscureciendo conforme el subterráneo descendía hacia las entrañas de la montaña. Jillian y Sauce

se encontraron con una encrucijada de tres túneles, y los tres eran tenebrosos y parecían no tener fin.

—Maldita sea. —Los ojos de Jillian ardían en las sombras—. Aunque nos separásemos, ella podría estar escondida en el tercer túnel... Si seguimos adelante, podría escapar mientras la buscamos montaña adentro.

—Pero Jill, esto es enorme. Tardaremos una eternidad en encontrarla.

—Tardaremos...

La aspirante a Desveladora se quedó paralizada con esa última palabra entre los labios. Era lo que solía sucederle cuando estaba a punto de tener un *Momento Fatum*, un don que solo poseían las hadas y ella. A veces elegía cuándo utilizarlo, y otras estallaba de forma espontánea, como en aquella cueva. Su mente empezó a trabajar diez veces más rápido de lo normal. Las imágenes flotaron a su alrededor, solo para ella...

Tardaremos. Tardaremos. Escapar. El ladrón. Maniobra.

Distracción. Engaño. Cueva. Nieve. Huellas.

Mochila. «Parecía llena de cosas». Mochila. El tamaño de su mochila.

Bulto. Objetos. Herramientas. ¿Herramientas? Sí. Huellas. Herradura.

Distracción. Engaño. Escapar.

—¿Qué herramientas harían falta para cambiarle las herraduras a un caballo? —El trance de Jillian transcurrió en un segundo para el mundo exterior.

—¿Qué? Pues no lo sé.

La insólita pregunta pilló desprevenido a Sauce, pero, al ver la expresión alucinada de su compañera, comprendió lo que acababa de ocurrir.

—¡Noche eterna, Sauce! ¡Nos la ha jugado! —Jillian echó a correr hacia la salida y Sauce tardó en reaccionar—. ¡Llegó a esta cueva durante la noche, y la nevada cubrió las huellas de su caballo! ¡Llevaba herramientas en su mochila!

—¿Qué?

Sauce la siguió con torpeza y ella le sacó bastante ventaja. No paró de correr mientras le gritaba:

—¡Le ha cambiado las herraduras a su caballo aquí dentro y se las ha puesto al revés! ¡Se ha marchado hace apenas unos minutos! ¡Las huellas que marcan el rastro hacia la cueva, en realidad se alejan de ella!

Jillian salió al claro y cortó las riendas de su corcel. Montó de un salto, y cabalgó al galope tras el rastro de huellas sobre la nieve. Sauce tropezó nada más abandonar la cueva, buscó su montura entre los ceboches y desató las riendas lo más rápido que pudo.

—¡Jill, espera! ¡Es peligroso! —exclamó, al ver que su compañera se alejaba bosque adentro.

Jillian espoleaba al caballo con fiereza, con los dientes apretados en un gesto de rabia. A falta de riendas, intentó agarrarse al cuello del animal, mientras gritaba «¡Arre!» más veces de las necesarias. El velo blanco del cielo ya empezaba a derramarse en etéreos copos de nieve, cuando el bosque se abrió de nuevo ante Jillian y le mostró un inmenso lago. La superficie helada tenía una tonalidad azulada y fantasmagórica que resplandecía bajo la capa de neblina que la cubría. El viento era allí mucho más implacable y empujaba los copos de nieve contra el rostro enrojecido de Jillian, convertidos en pequeños cristales que le arañaban las mejillas.

La joven, al ver que el rastro de huellas se perdía en la orilla de aquel limbo invernal, detuvo al caballo y escudriñó los pliegues de la niebla con su mirada de fuego.

De repente, una explosión de llamaradas azules abrió un agujero en el lago helado. El corcel relincho desparovido y, al elevarse

sobre sus patas traseras, se desembarazó de Jillian, que cayó de costado sobre el duro hielo.

«Es preferible bajar voluntariamente del caballo a que te tiren de él.»

Jillian se retorció con una mueca de dolor y se palpó las costillas fracturadas, mientras el animal huía al galope. Una silueta tenebrosa se acercó a ella por detrás y se oyó un silbido metálico que cortó el aire. Por fortuna, Jillian se dio la vuelta a tiempo y las hojas de las dos espadas chocaron en un tañido que resonó por todo el lago.

La espada de duelo, un estoque de hoja estrecha idéntico al de Jillian, la sostenía una mujer enfundada en un ceñido traje negro, con el rostro cubierto por una malla oscura y las manos enguantadas en cuero. A pesar del anonimato que le brindaba ese vestuario, era evidente que se trataba de una mujer por las curvas de su cuerpo, su cintura estrecha y sus piernas delgadas y estilizadas.

Jillian se levantó muy despacio, sin apartar su hoja de la de su rival. Con una mano sostenía la espada y con la otra se abrazaba a su torso lesionado. No importaba la fractura. No importaba el dolor. Tenía que presentarle batalla fuera como fuese.

Aguardaron quietas, la una frente a la otra, con las rodillas ligeramente flexionadas, en posición de guardia. El viento hizo girar los copos de nieve a su alrededor, y comenzó el vertiginoso intercambio de golpes. Jillian tomó la iniciativa e hizo retroceder a su adversaria hasta el centro del lago. Cada paso sobre el hielo resbaladizo podía suponer la diferencia entre la victoria y la derrota. Cada movimiento de las muñecas entumecidas por el frío era decisivo. Cada gemido de esfuerzo entre los choques de acero era una declaración de intenciones de las luchadoras.

Por su parte, Sauce emergió de las entrañas del bosque y desmontó de un salto. El entrechocar de aceros le había alertado del peligro en que se hallaba su amiga. Dejó el caballo atrás por miedo

a que las fuertes pezuñas rompieran el hielo y echó a correr hacia el centro del lago.

Jillian utilizó la mano con la que se abrazaba las costillas para asestarle un puñetazo sorpresa a su rival y esta se desplomó tras retroceder con pasos vacilantes, desestabilizada por el golpe.

—¡Sauce, quieto! —exclamó la pelirroja, frenética, al ver llegar a su compañero—. ¡Es mía!

En el instante fatídico en que la mirada de Jillian se desvió hacia Sauce, la mujer embozada lanzó un tajo desde el suelo con el que le abrió un profundo corte en la mano y le hizo soltar la espada.

—¡Jillian!

Sauce palideció cuando su amiga recibió también una patada en las piernas que la hizo caer junto a su oponente. La reacción del muchacho se comentó durante días en la Torre: corrió con todas sus fuerzas y se tiró de frente sobre el hielo para deslizarse y llegar más rápido al rescate de Jillian. La mujer de negro, que acababa de levantarse para darle el golpe de gracia a su enemiga, recibió el impacto del cuerpo de Sauce en los tobillos, se desplomó sobre él y se unió a su avance por el pulido hielo, hasta que ambos llegaron a la otra orilla del lago entre forcejeos e intentos de separarse para acometer con la espada.

Mareada, Jillian volvió a ponerse de pie y los buscó con la vista entre la niebla. Su amigo y su adversaria ya habían iniciado el intercambio de espadazos.

Cojeó hacia ellos, pero se detuvo al descubrir el resultado del breve duelo: Sauce yacía de rodillas, desarmado, y su rival estaba a punto de ensartarlo con su estoque.

Movida por su instinto, Jillian se echó la mano al cinturón y desenganchó uno de los ocho dardos somníferos que incluía el uniforme de Desvelador. La mujer embozada alzó la espada para atacar a Sauce, pero la dejó congelada sobre su cabeza y se quedó mirando a Jillian, desafiante, como si quisiera incitarla a disparar.

Jillian cerró los ojos y los abrió envueltos en llamas. Cogió aire. Lanzó el dardo.

El arma arrojadiza pasó silbando junto a la silueta tenebrosa y se perdió entre la bruma y la nieve. La mujer negó con la cabeza sin dejar de mirar a Jillian, y asestó el golpe mortal. Su espada, por supuesto, se detuvo a un milímetro del cuello de Sauce, como una mera demostración de lo que podría haber sucedido.

La mirada de fuego se apagó y su dueña se dejó llevar por la frustración y el dolor, hasta el punto de flaquear y caer de rodillas sobre el hielo. La mujer embozada ayudó a Sauce a levantarse y después caminó hacia Jillian con pasos raudos y marciales. Se detuvo junto a ella, permaneció un momento quieta y en silencio, y se quitó la malla que le cubría la cabeza.

Vela Falone era posiblemente la joven más hermosa de todo Éterdar. Cada facción de su rostro se alzaba como una minuciosa obra de arte que embellecía a las demás de forma natural, sin maquillajes ni cosméticos de ningún tipo. Como Jillian, llevaba el pelo corto, pero ese era el único rasgo físico en el que coincidían. Ni el mejor Desvelador hubiera podido encontrar dos chicas más distintas entre sí: donde Jillian apenas rozaba el metro y medio de estatura, las piernas largas y elegantes de Vela la catapultaban por encima del metro ochenta; donde Jillian aún tenía un cuerpo un tanto infantil, y lo más seguro es que así fuera a ser durante el resto de su vida, las curvas despampanantes de Vela la hacían parecer mayor de lo que era y atraían las miradas de sus compañeros de la Torre. Y los ojos... Jillian nunca tuvo ocasión de ver el Océano Fábulo, pero siempre pensó que sus legendarios remolinos debían de ser del color cambiante de los ojos de Vela. Incluso el cabello, que era ese punto único que las unía por tener una longitud similar, suponía al mismo tiempo el mayor contraste entre ellas: el de una era un laberinto de llamaradas superpuestas a capricho, mientras el de la otra era un río

oscuro y sedoso con matices azulados que desembocaba en el océano de los ojos, en un estuario recto y controlado.

Vela Falone se acarició la comisura de los labios con su pulgar enguantado en cuero negro, y lo retiró con una brillante mancha de sangre, consecuencia del puñetazo que había recibido durante la pelea.

—No ha estado mal, compañera. —Su voz era sonora, firme, la voz de una mujer segura de sí misma—. Vamos, veamos qué pueden hacer con esas costillas.

Vela le tendió una mano a su adversaria para ayudarla a levantarse y le dedicó una sonrisa radiante, reflejo de su ánimo incansable. El ánimo de Jillian, por su parte, había derretido el hielo bajo sus rodillas, y hacía ya rato que se hundía en las profundidades del lago congelado.